

quismo original (de *origen*, por oposición a un barroquismo lúcida-mente *mise en page* como el de un Alejo Carpentier)». De ahí que, incluso en prosas tan breves como éstas, sea posible hallar atmósferas en las que fulguran el deseo y su posibilidad infinita.

En esa maniobra interpretativa las posibles lecturas averiguan distintos niveles de complejidad. Y esta última cuestión sigue siendo, en lo esencial, el resorte que fomenta policromías e insinuaciones, sobreimponiendo el deseable juego de paradojas. Todo ello determina un escenario de fragmentos que se iluminan alternativamente; tan sólo depende del lector intuir el orden que los reúne.

Cuentos completos, Francisco Coloane, Alfaguara, Madrid, 1999, 482 pp.

Aunque parte de la crítica española descubrió no hace mucho a Coloane, lo cierto es que la obra del novelista chileno (Quemchi, 1910) ya se había distribuido con timidez a este lado del océano, y más de un librero la mostraba en sus catálogos. No hablamos, pues, de un autor que fuera del todo ignorado. En este sentido, vale la pena recordar que, partiendo de un original de Coloane, llegó a realizarse una película hispano-mexicana, *Cabo de Hornos*

(1955), con dirección de Tito Davison y protagonizada por Jorge Mistral y Silvia Pinal. Del citado largometraje sólo cabe añadir que se inspiraba en uno de los libros de relatos que reúne la presente edición de Alfaguara.

Dicho de forma breve, se trata de cuentos cuya tónica es el peligro, cifrado en esas rompientes del estrecho de Magallanes que acaban siendo metáfora de una confrontación entre los hombres y la catástrofe. Si es cierto que Satán agita sus cadenas bajo el cabo de Hornos, quien se aventure por las costas de Tierra del Fuego visitará una valiosa delegación del infierno en la línea de la marea. Un litoral desapa-cible, salvaje, donde todo se arriesgó al azar, donde la desventaja del ser humano frente a la naturaleza se advierte en sus escombreras, aisladas entre filos de sierra, barcazas que rompió el hielo y despojos de ballena.

Esta serie de relatos construye un itinerario en el que los personajes forman parte del medio, de ahí que la ruta polar seguida por focas y delfines coincida con la deriva, física y moral, de nutrieros, pastores, presos en fuga, navegantes e indios yaganos. En suma, pájaros heridos cuyo vuelo, por fuerza, bordea la tragedia.

No todos los cuentos pueden ligarse de acuerdo con el mismo criterio narrativo. Los hay de carga costumbrista, ordenados en forma

de crónica. Sin perder la precisión en el lenguaje, hallamos otros de aire más poético que restituyen la atmósfera fatídica de las leyendas. Y en algunos, ceñidos al drama, resalta la profundidad de la mirada, la venganza de puertas adentro, el desamor frente al muelle. En esa variable capacidad de fabulación queda de manifiesto el don de Colomane para vivificar imágenes que vienen por el mar, allí donde, a la manera de Conrad, se rehace su propia experiencia.

Jugar en serio. Aventuras de Borges, Ezequiel de Olaso, *Paidós, México D.F., 1999, 160 pp.*

En Borges, como es bien conocido, la sugestión filosófica realza su escritura y fue un tema muy frecuentado por sus entrevistadores. Filosofía y teología son, al fin, formas literarias, y quizá por ello los filósofos han simpatizado tanto con el espacio característico de la obra borgeana. Esto, en síntesis, explica por qué proliferan las monografías que intentan elucidar los vínculos entre su narrativa y la filosofía. La muestra incluye al argentino Ezequiel de Olaso (1932-1996), quien fue profesor titular de Filosofía Moderna en la Universidad de Buenos Aires y en esa misma ciudad fundó el Centro de Investigaciones

Filosóficas. Olaso conoció bien a Borges: su primer libro, *Los nombres de Unamuno* (1963), obtuvo el Premio Internacional de Ensayo del diario *La Nación* gracias a un jurado en el que participaba el escritor. De aquí provienen su prolongado afecto y el acecho crítico que, debidamente ordenado, recupera la edición que reseñamos, donde se reúnen las versiones definitivas de conferencias, artículos y notas que Olaso, pensador incisivo, dedicó a la obra de Borges.

Desde el primer tanteo queda subrayada la interacción entre escritor y lector que Borges procuró convocar en sus desdoblamientos literarios. Esto se ve, por ejemplo, en el análisis titulado «La poesía del pensamiento», donde Olaso valora la escala y densidad del andamiaje filosófico borgeano; le hace escoger enigmas y dibuja su arco entre tiempo y memoria, perplejidad esencial que siempre nos remite al problema identitario. Ciertamente es que, al hablar de filosofía, destaca siempre los hallazgos del escritor, sus aciertos a la hora de sacarle partido al recorrido filosófico. Conversador modelo, Olaso explica en «La sencillez de la Rosa» cómo iniciarse en la lectura lúcida de Borges, cómo experimentar los recursos ocultos de su literatura, su amor por la circunstancia menuda y el intertexto, entendiendo además esa actitud suya ante el culteranismo y su crítica cerrada del barroco. Los principales elementos

de la imaginería del poeta se exteriorizan en «Sobre la obra visible de Pierre Menard», escrito que relata los avatares del afamado texto, puesto aquí en relación con las dos concepciones de la literatura que Borges quiso hallar en *Introduction à la Poétique*, de Paul Valéry. Entre otros capítulos que invitan a la lectura y al vuelo especulativo, destaca el situado a modo de epílogo, «Las ediciones serias y el fin de una secta», fuente de ansiedad para esos *sectarios* que, con gratitud de bibliófilo, descubrían en las páginas de Borges los mismos efectos mágicos de su cosmovisión que ahora divulgan y catalogan, más fríamente, las ediciones críticas.

Borges y la crítica. El nacimiento de un clásico, *María Caballero Wangüemert, Editorial Complutense, Madrid, 1999, 210 pp.*

La posibilidad de catalogar la abrumadora bibliografía en torno a Borges, siguiendo el hilo de las diversas opiniones que concita, nos parece una tarea cada vez más descomunal. Con un sentido divulgativo, y ciertamente práctico, la profesora María Caballero Wangüemert ha optado por glosar en su libro los hitos de esa crítica que sigue deparando nuevos tanteos, de acuerdo con lecturas cada vez más especiali-

zadas. Para cumplir ese fin, ha ordenado una biblioteca de monografías donde no caben los artículos, según el criterio de esencialidad que impregna su trabajo. Por lo demás, la autora concede al volumen una doble intención: comprobar cómo se va gestando un literato desde la estética de la recepción y advertir en qué grado ello afecta a su trayectoria literaria. En esta frecuencia, todo el ojeo de lecturas y calas valorativas acaba configurando un diálogo metacrítico plagado de alusiones, aprecio y polémicas; una confrontación entre posiciones cuyo impulso construye y, al cabo, consagra al Borges canónico.

Como revisora de la exégesis borgeana, Caballero Wangüemert transmite a los lectores una línea cronológica de títulos y acontecimientos. Queda abierto el camino con la primera recepción de Borges en las revistas argentinas (la discusión de *Megáfono*, 1933; el desagravio de *Sur*, 1941), proyectada durante los años cincuenta en un nuevo enmarque donde caben el revisionismo y las aproximaciones de orden científico, tales como el estudio de José Luis Ríos Patrón y la mirada crítica de Rafael Gutiérrez Girardot, con cuyo trabajo, *Jorge Luis Borges, ensayo de interpretación* (1959), el diálogo cruza el Atlántico. Y así continúa la disputa en el decenio siguiente: figura y obra se difunden por todo el globo, aparecen volúmenes de homenaje (*L'Herne*, 1964),

también se publican las primeras biografías y abundan esas entrevistas que, de forma inesperada, convirtieron a Borges en figura popular. La secuencia nos sitúa, por esos años, ante un escritor que visita los Estados Unidos con la satisfacción de protagonizar tesis doctorales. Este signo de consolidación se reproduce, ya en los setenta, a través de biografías, homenajes y polémicas en profundidad.

La segunda parte del libro enfoca la incidencia del propio autor en la gestación del clásico, y lo hace atendiendo un par de obras que centran la materia: *An autobiographical Essay* (1970), de Borges, y *Jorge Luis Borges. A Literary Biography* (1978), de Emir Rodríguez Monegal. No faltan en este punto reflexiones acerca del escritor y la tradición argentina, y tampoco un balance más reciente de publicaciones. La bibliografía revisada por la autora completa el razonable aporte de este manual, un libro que contribuye a metodizar el vasto y contradictorio margen de anotaciones que reclaman las páginas de Borges.

80 Dientes, 4 Metros y 200 Kilos, Gustavo Ott, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1999, 211 pp.

Gustavo Ott (Caracas, 1963) es un dramaturgo de raro vigor, cuyo esti-

lo caudaloso, pleno de flexibilidad idiomática, ha sido reconocido con el Premio Tirso de Molina en 1998 gracias a la obra que motiva esta reseña. Hay en esta pieza un valor panorámico: despojado de artificios, el último periodo de la vida latinoamericana se muestra sin una finalidad que le dé sentido. Como si se tratase de una novela, la obra progresa a lo largo de tres capítulos donde se concretan y depuran sucesivas etapas de tres personajes, Ángel, Cándido y Cachito, perseguidos por el monstruo de la guarda que anuncia el título. Al darle esa promesa de ferocidad a su obra, Ott confirma el tono de humor negro que adoptará frente al derrumbe de valores éticos, envolviendo las culpas con un toque bárbaro y distanciador.

El primer capítulo, *80 Dientes...*, se desarrolla en 1975, cuando los protagonistas, aún quinceañeros, disfrutaban con el béisbol, la música de los Bee Gees y el vandalismo. Después de drogar a la hermana de Ángel, los dos amigos de éste la violan para luego esconderla bajo un puente abandonado, cubierta con unos cartones. Esa brutalidad tendrá consecuencias fatales, en especial para Ángel, cuyo sueño es jugar al béisbol como profesional. De acuerdo con la leyenda urbana que relata Cándido, a todos ellos los perseguirá un vampiro de ochenta dientes, cuatro metros y doscientos